

Mis queridos amigos:

Quiero leer cuando tan fácil me sería improvisar: quiero leer porque el recuerdo a Joaquín Turina, el homenaje a su persona cuando su música permanece, debe ir revestido de gravedad. El homenaje consiste en recordar sus permanentes lecciones. Todos podemos estar de acuerdo al recordar a los músicos que fueron nuestros amigos si colocamos su vida en una especie de limbo: colocarlos así es faltar a la verdad pues esos músicos fueron hombres de pelea y de polémica y fueron maestros desde esa pelea y desde esa polémica. El año 1941 organizamos un gran homenaje a Joaquín Turina: un concierto de sus obras y un banquete y entre concierto y banquete cañas y cañas de manzanilla en casa de Horacio Rodríguez. Después del banquete, Turina nos sorprendió a todos con el tono de sus palabras; no altisonantes, no retóricas pero sí apasionadas y altas. Parecida cosa ocurrió dos años después en el homenaje que hicimos a Pérez Casas cuando cumplió setenta años. En las dos ocasiones habló en voz apasionada y alta porque habló de la música española, porque habló de lo que había sido la permanente tragedia de los compositores españoles. En este aula se ha hablado más de una vez de ópera y de zarzuela.

Las palabras exactas y dramáticas las dijo Turina en esas dos ocasiones: Explicaba cómo ellos tuvieron necesidad de luchar contra el ambiente de la zarzuela y cómo cuando pensaban apoyarse en la muy justa ambición de la ópera, el Real, el viejo, pintoresco, retrasado Real les cerró las puertas casi siempre y, por fin, se cerró a sí mismo y cerrado sigue. Tuvieron que luchar contra la zarzuela y se les prohibió hacer ópera.

Joaquín Turina mandó como Comisario General de Música. Mandó como patriarca y esta es la lección que yo quiero recordar porque de lo que él fué estamos hoy bien ausentes. Sacrificó muchas cosas para mandar así. En primer lugar, su vida económica. Joaquín Turina, Comisario General de Música, Académico, respetado por todos, tenía que escribir música casi cada día y como fuera para mantener ese nivel de modestia y de decoro, ese hogar con el que nada podríamos entender de su vida. Su sueldo de Comisario fué ^{muy modesto} de mil pesetas mensuales. Era incapaz, soy testigo, de usar del dinero para cualquier cosa que pudiera parecer ostentación; dos o tres veces al año invitaba a su casa, a su terraza sevillana y madrileña, invitaba y recibía como señor y entonces la modestia era gloria.

Fuó patriarca, pudo mandar porque su música, en su tiempo, en su circunstancia era feliz e indiscutible. La sinfonía sevillana, la oración del torero, las danzas fantásticas, las canciones eran,

definitivo y glorioso

como son hoy, un *definitivo y glorioso* capítulo de una música española que, con pasión un poco tardía, encuentra la manera de hacer perdurable una España andaluza y romántica que nada tiene que ver con el turismo. Esa seguridad en sí mismo que no era orgullo pero sí dignidad y paz hizo de Turina patriarca porque nadie como él certificó con más alegría el éxito de compositores más jóvenes. Nada hay tan triste como el anciano rencoroso, como el artista que llega a la madurez a través del resentimiento, resentimiento disculpable si no puede cobijar la memoria en fechas de grandes éxitos. Cuando se estrenó el "Concierto de Aranjuez" éramos críticos en Madrid Víctor Espinós, José M^e Frencó, Antonio de las Heras, yo mismo. Ahí están las críticas: palabras como campanas. Lo importante, sin embargo, lo dijo Joaquín Turina. El, que tuvo necesidad, necesidad resuelta en elegancia, de hacer crítica musical no en su "Debate" que ya no existía sino en el "Dígame", dejó las bromas a un lado y mandó una especie de carta a su compadre Manuel, a don Manuel de Falla, comunicándole que comenzaba un *nuevo* y grande capítulo en la música española.

Fué patriarca porque supo romper todas las tentaciones de rivalidad. No celos pero sí los apasionados mediocres, los tristes segundos, los comparasas que necesitan para charlar, para murmurar y para entriugar, el que haya siempre rivales se empeñaron en poner en frente a Falla y a Turina. Debo recordar, una vez más, que cuando se trató de centrar la vida musical española en la postguerra, de reanudar el hilo roto y perdido, fué la Comisaría de Música, con Joaquín Turina de Comisario, quien trajo a Ernesto Halffter de Lisboa, lo reincorporó a la vida musical y al escalafón, y quiso que bajo su batuta se diera la más bella versión musical y escénica que podemos recordar de "El Retablò de Maese Pedro". Y Turina, que se adelantaba a muchas cosas, negando al Strawinsky neoclásico, inhumano y formulario, hizo mil esfuerzos para que estrenasen el concierto de violín y "Juego de cartas", dos obras que chocaban en el ambiente europeo de entonces, reaccionario al extremo. Y retuvo a Honegger, cuya música no le gustaba nada y con razón, para hacerle un homenaje en Madrid y se alzaba, con cólera, cuando ciertas indicaciones contra los músicos judíos, ofendían aquella libertad, aquella tolerancia que eran para Turina

y muy justamente, las encarnaciones humanas, permanentes de la caridad.

Con cuatro cuartos, que iban creciendo año tras año, sostuvo contra todos la necesidad de la Orquesta Nacional. El mismo día de 1940 en que el Ateneo pudo reunir a Iniesta, a Arbós, a Meroño, a Casaux y a Aroca, dijo que eso sería pronto Agrupación Nacional de Música de Cámara y así fué: Y cuando esa Agrupación hizo por vez primera la serie completa de los cuartetos de Beethoven él no estaba en su palco de Comisario en el Maria Guerrero sino en primera fila, partitura en mano para dar testimonio de confianza y de cariño.

Intervenía día a día, en reuniones y discusiones insagotables para redactar la primera ley orgánica de los Conservatorios, gran avance para su tiempo si se hubiera cumplido, si no se hubiera torpedeado desde los mismos Conservatorios. Mientras pudo, no abandonó su cátedra a la que llegó, por absurdo bien español, tarde, muy tarde, ya enfermo, como llegó pecadoramente tarde a la Academia de San Fernando. Como patriarca, ausente Falla, representó muy dignamente a los músicos en el pequeño pero muy intenso mundo cultural de entonces. No ya en el mundo oficial de las Academias sino

en el mundo más libre de la tertulia o de reuniones como las famosas de "Musa, musae", allí estaba Turina, sin afectación, sonriente y sereno al lado de hombres de su edad como Manuel Machado como Eugenio d'Ors pero también al lado de los entonces jóvenes como Pedro Lain y Antonio Tovar. Fué Pedro Lain, director de la Editora Nacional, el que me comprometió a terminar la biografía de Turina antes de marcharme al Seminario. Fué Joaquín Turina el que llevó la voz de los músicos en un homenaje al poeta Luis Rosales.

Pudo ser patriarca de todos nosotros, respetado por todos salvo por los resentidos y por los envidiosos, porque fué, sencillamente, un hombre buenísimo. Buenísimo, en primer lugar, porque era hondamente religioso. Sin inmodestia, como amigo y como sacerdote, debo dar testimonio de ello. Fué religioso, hondamente religioso, en una época en que ésto, en los verones no era corriente y en los artistas menos. Escéptico, incrédulo fué Isaac Albéniz, el gran maestro de todos. El París que Turina conociera de joven, de joven artista español triunfante, el París paraíso de los placeres, el París de Marcel Proust, el París de Beñussy dejaba muy pocos huecos para la religiosidad. Pero es que el Madrid de donde venía

era parecido aunque fuera más modesto en los placeres y en el brillo. Al hacer la biografía de Bretón, de Chapí, del mismo Pedrell, hombres de su tiempo, hay que recordar su frialdad religiosa. Yo recuerdo el espanto de un gobernador de Salamanca hace doce años cuando al repasar la exposición de recuerdos de Tomás Bretón, con motivo de su centenario, se encontró con una expresiva felicitación de la masonería a su hermano queridísimo. Estas cosas se dicen ya no como injuria sino como historia pero es necesario decir las para estimar el valor de testimonio que tuvo la religiosidad de hombres como Joaquín Turina, hombres con defectos, con debilidades humanas, empujados por mil tentaciones desde dentro y desde fuera, fieles siempre para proclamar su fe contra todo y contra todos. Se dice, con tópico, que la religiosidad de Turina era superficial, religiosidad sólo de la Semana Santa sevillana. Esto, sencillamente, no es verdad y yo lo sé mejor que nadie. Turina era gran lector de nuestros místicos, Turina tenía como centro de su devoción la adoración a Cristo, ayudado, sí, por las imágenes sevillanas cuyos Cristos él se sabía de memoria. ¡Qué cosas sorprendentes encuentra el biógrafo! El libro que Falla manda a un amigo para que se fortifique en su fé es el mismo que Turina leía en Semana Santa: las

meditaciones sobre la Pasión del Señor del P. la Palma.

La religiosidad de Turina, perfectamente compatible con una muy honda tolerancia, se mostró en las siguientes cosas, en las siguientes encarnaciones humanas. En primer lugar, en un lugar clave para comprender su vida: en la manera de sufrir una enfermedad, clavada como aguijón desde los cuarenta años. Sufrido, quejándose solo ante los suyos, buscando la broma como consuelo, ofreciendo de verdad el sufrimiento. "Hace veinte años justamente ahora en un mes de Mayo yo tuve que llevarle desde aquí enfrente, desde lo que entonces era Legación del Japón, hasta su casa, llevarle casi arrastrando porque no había taxis y porque sufría mucho. Pasábamos por la reja del Retiro; con los castaños, con las acacias, rebozantes de verde y de flores. ^{Sobanne} me decía, ¿qué pena no poder pararnos a eso que usted llama contemplar. Marañón quiso curar a Joaquín Turina y no poco hizo para que sufriera menos pero Marañón quedaba admirado de las dosis inmensas de silencio para soportar dolores realmente horribles.

Su religiosidad se manifiesta gloriosamente en una como incapacidad para la envidia, ese cáncer que destroza tantas vidas de artistas. Yo he dicho de su comprensión para los jóvenes: si viviera

el malogrado Jesús Leoz diría cosas muy bellas de quien le abrió muchos caminos. Sabía y muy bien que el mundo del teatro musical mas bien ligero era fuente de bienestar y hasta de opulencia. Siempre alabó la cultura de Amadeo Vives . El, que ya no salía de noche, me pidió que le acompañara para conocer una obra de Sorozábal que le había entusiasmado por la radio: "Black el papa-so" concretamente. Entraba en los salones, en las Embajadas para formar un rincón donde la copa tenía sabor especial de amistad y de encanto pero nunca quiso otro hogar distinto: ese ático de Alfonso XI, 7, alegre, íntimo, personal, con el solo lujo de las flores, de los libros, de los soldados de plomo y del campanil colgado de la puerta de su despacho. Luchó siempre que fué necesario, yo le ví luchar con todas sus fuerzas, pero no quiso mal a nadie, perdonó siempre.

Amaba las personas y las cosas, cuidó la amistad, el paseo y el jardín con fervor religioso. Sin las retóricas de los que hablaban del sacerdocio del Arte y demás zarandajas, sirvió a la música desde su pasión y desde su fé. Supo transformar los desencantos en sonrisas. Sevilla, seamos sinceros, le quiso poco entonces y no por razones y ni siquiera por pasiones sino por ton-

terías. Cuando hace cinco años tuvimos la alegría de ver colocada una lápida en su casa natal yo recordé su ilusión cuando le anunciaron en 1940 que iba a tener su calle en Sevilla; ya se encargaron de decirle que era en las afueras y con sólo dos casas y él sonreía y sonrió también cuando supo que una explosión accidental de polvorín se había llevado todo, hasta el rótulo. Tuvo, sí, amigos fieles, una familia segunda de ahijadas y de sobrinos, y tuvo también muy hondos desencuentros. Sabía quejarse cristiana y donosamente y sabía siempre perdonar.

Esto no es un panegírico sino una lamentación. Turina pudo vivir muchos años más, murió bastante antes de los setenta y el hecho es el siguiente: nunca hubo tanta comprensión, tantos afanes comunes, tanta buena ambición como en los tiempos en que era posible acudir a un hombre con autoridad indiscutible, cariñoso, incapaz de hacer *graujería* material o moral con su nombre y con su prestigio, un hombre que nos mandaba precisamente desde su modestia, desde su bondad inteligente. Y era un hombre pequeño de cuerpo, consumido poco a poco por la enfermedad, pero con una enorme pasión de fondo. Las obras de Turina que están en el repertorio del mundo entero permanecen por esa pasión. Seamos poseer

sólo unas cuantas pero cuando León Ara tocó en Alemania, en Bélgica una obra que puede parecer secundaria, una breve sonata para violín y piano, la crítica y los públicos aplauden y aclaman. Permanecen no por el andalucismo, no por el sevillanismo, no, permanecen por la gran pasión. Ahora está de moda en la decoración, en las películas, en las novelas volver a la época de hace cincuenta, sesenta años. De esa nostalgia, tantas veces cobarde, algo puede quedar: el que esa época supo ser a veces rebelde contra el conformismo, contra la burguesa seguridad, gracias a la gran pasión amorosa. Y ese es el fondo, la gran verdad, la misma explicación de la estructura formal de la obra de Joaquín Turina.

El misterio de la persona es inagotable y lo es precisamente, como vió Klages, porque en ese misterio personal lo corporal, el gesto nos atrae y nos atrapa pero también nos obliga a caminar y a caminar, incansablemente, hacia la profundidad del espíritu. Podría creer yo, biógrafo, que había recorrido los gestos característicos; hable de su andar como de mocito siempre con cartera grande; hable de sus ojos, menos alegres que su palabra; hable de una cabeza que con los sufrimientos se había como agrandado, penetrando hacia no sé qué romanas y senequistas referencias. Y al recogerme para preparar este homenaje me di cuenta de que había

olvidado lo más importante: las manos. Incluso los hombres menos
 presumidos y Turina no lo fué jamás, cuidan lo que les distingue
 y les define: Turina, austero en todo, buscaba cada quince días
 la lujosa peluquería del Palace o la más musical de *Cachion* para
 cuidar sus manos. Y tenía razón. Eran grandes, poderosas: so-
 lo ellas explican su piano y como él tocaba ~~o~~ su piano. Blancas
 y calurosas: heredadas manos de pintor que pinta sobre el mismo
 aire. No envejecieron: no eran ni de joven ni de viejo, sino de
 hombre muy maduro, muy desencantado pero teniendo que sostener
 muchas cosas. Manos de mando y de cariño. El se fué muriendo
 poco a poco, él se iba, como dijera Eugenio d'Ors construyendo
 su propia estatua, pero incluso en los días más amargos del senato-
 rio, cuando los ojos nos reconocían poco y el andar era trémulo,
 las manos seguían queriendo. Era conmovedor aquel contraste entre
 la voz y las manos. Ese contraste era el símbolo de la persona:
para dulcemente entre las gentes y entre las cosas, pero
 su mundo verdadero, el mundo de su permanente pasión, de su afán
 de cantar muy en hombre, el misterio y el poder del amor humano,
 permaneció en las manos. *Las que nos faltan*

V. de
 obra
 cuando